

Recuperación

feliz

De recuperación feliz puede conceptuarse una de las noticias de entre las resumidas en la sesión del Pleno Municipal publicado en nuestra anterior edición.

Queremos referirnos a la recuperación, por parte del Ayuntamiento, de todo el paraje del «Fortim». De este paraje tan lleno de prometedoras esperanzas por poco que se le mime?

En otros tiempos alguien dijo de San Feliu que se parecía a una tacita de plata. Y el «Fortim», ¿por qué no puede ser una de sus dos asas? ¿No podemos considerarlo como una continuación del Jardín Municipal? ¿Convertirlo más marineramente de lo que lo es actualmente.

La ruta marítima cada verano va siendo más considerable para nuestra ciudad y tal vez la orilla del «Fortim» jugaría su papel primordial si se le considerara como buen intérprete.

Ha vivido largos años postergado, siendo su situación topográfica muy excelente. Pero ahora ha revertido a la ciudad. Ha sido depositado este paraje en manos cuidadosas, manos que pueden distinguirlo, que pueden hacer prevalecer la presencia suya en esta tacita de plata como alguien llamó a nuestra ciudad.

Amicoya

SAN FELIU DE GUIXOLS 14 DE FEBRERO 1957 - NÚM. 471 - AÑO IX



El problema de la vivienda es uno de los que más preocupaciones y desvelos ha ocasionado a los gobernantes y dirigentes públicos de Europa desde hace cuatro décadas.

Después de la primera guerra mundial, con su secuela de destrucciones urbanas, el número de los sin hogar aumentó en proporciones alarmantes y obligó a los gobiernos de las naciones embeligerantes a dedicar una parte de su presupuesto a la construcción de casas y albergues. Se crearon departamentos y comisiones especiales, a fin de atender esa necesidad tan acruciente, uno es la de proporcionar cobijo a los ciudadanos desahuciados por la guerra.

Ya no se trataba de un asunto que solo incumbía a propietarios particulares y arrendatarios. El problema había adquirido súbitamente un volumen tal que penetraba en el ámbito de las llamadas cuestiones sociales.

Y a partir de entonces, aunque con intervalos de relativa normalidad, la escasez de viviendas continuó siendo un quebradero de cabeza más entre los muchos que agobiaban a la sociedad contemporánea.

Luego vino la segunda hecatombe, y a consecuencia de ella el problema tomó proporciones aterradoras. No fueron cientos ni miles las familias que se encontraron sin el amparo de un hogar, sino que se contaron por cientos de miles. Multitudes inmensas vieron despojadas de todo cuanto poseían, y, errantes de un lado para otro, famélicas, imploraban la protección de los poderes públicos, que se veían impotentes para encauzar aquel alud de gentes desesperadas.

Se tomaron medidas urgentes, se movilizaron cuantos recursos se creyeron pertinentes, y de momento se habilitaron hogares colectivos provisionales, en tanto se proyectaban planos para la reconstrucción de las ciudades devastadas y la creación de otras nuevas, para así devolver poco a poco a aquellas gentes los medios indispensables para su retorno a la vida social.

Los cambios políticos habidos en algunos

países obligaron asimismo a muchos de sus habitantes a buscar asilo en el extranjero, lo que hizo más grave el problema, llegando sus voces de socorro hasta las mismas puertas de las Naciones Unidas, que tuvieron que intervenir para paliar aquel mal que llevaba trazos de hacerse endémico.

En cada país la cosa tuvo su propio carácter, según las circunstancias de tiempo y de lugar en que se produjo. Así, allí donde ya existían bajos fondos de miseria y depauperación, debidos a causas anteriores, la nueva calamidad de las destrucciones producidas por la guerra fué más dramática. Vimos el caso de Francia, donde surgió la extraordinaria figura del Abate Pierre, diputado católico del Parlamento, y a quien la tragedia caló tan hondo, dada la bondad de su corazón, que se rebeló contra la injusticia que representaba la existencia de tantos desahuciados sin cobijo alguno, durmiendo en la intemperie o bajo los puentes, al lado mismo de los grandes hoteles y de las lujosas mansiones donde se derrochaba el dinero a expuestas en fiestas y francachelas descaradamente irritantes.

Impulsado por sus sentimientos de caridad cristiana y su temple de apostolado, decidió emprender una campaña contra tanta miseria, bajo el siguiente slogan: «Ante el drama de los sin hogar, mañana es hoy mismo».

No fueron pocas las dificultades con que tropezó, los obstáculos y contrariedades con que tuvo que enfrentarse en su heroica empresa. Pero el Abate Pierre era hombre de inquebrantable fe y nada le arredraba. La creación de su hogar colectivo, llamado Emaüs adquirió pronta fama y mereció la ayuda de otras almas caritativas que colaboraron en su abnegada obra.

Uno de los principios en que aferraba su firmeza y le daba ánimos, cuando todo parecía confabularse para desalentarlo era: «El hombre tiene un alma, pero antes de hablarle de ella hay que cubrirla con una camisa y un techo».

No resolvió desde luego, el abnegado abate el problema de los sin hogar en el territorio de la vecina república. Pero gracias a él fueron muchos los que se salvaron de la desesperación y hallaron de nuevo un sentido a la vida. Lástima que los hombres de este fuste no abunden más en el mundo.